

Lamine Yamal

—¡Solo, Lamine!

Escuché la voz de Hugo tan lejana que intenté tirar fuerte para asegurarme de que le llegara mi pase, con tan buena suerte que el balón pegó en el palo y acabó entrando. Era mi primer gol de la temporada y todos los padres empezaron a aplaudir y se sumaron al grito de “Lamine”. ¿Qué más podía pedir con once años? Me comparaban con el mejor jugador del mundo. A partir de ahora me va a ir mucho mejor en el colegio.

A la mañana siguiente decidí ir con mi camiseta de Lamine Yamal de la selección y rápidamente mis amigos del equipo se partieron de risa. —Tenemos un amigo famoso —presumía Pablo, mientras que Lucas fingía hacerse una foto conmigo. En clase también estábamos algo pesados hablando de las jugadas y, sobre todo, de mi gol de la victoria.

—¿Pero tú no te llamabas Nadim? —me interrumpió Lucía, supongo que algo harta de escucharnos hablar a gritos. No le di importancia porque yo solo podía pensar en volver a jugar al bajar al recreo, y, lo cierto es que, no me fue un partido tan bueno como imaginaba: no marqué ni un gol ni di un buen pase. Aunque eso no me iba a quitar la alegría del día que había pasado.

Al llegar a casa corrí a buscar a mi madre para contarle lo bien que me había ido, ya que tuvimos una bronca hace unos meses, en aquel momento yo no me sentía muy bien en Ejea y quería volver a Zaragoza, con mis amigos que tenía desde que nací. Mi madre insistía en que debía apuntarme a alguna actividad para conocer más gente y relacionarme con otros niños aparte de los de clase. Así que esta se la debía a ella.

No obstante, no se encontraba en casa y tuve que contarle toda la historia a mi abuela. Ella me escuchaba pacientemente hasta que me preguntó sonriendo:

—¿Y quién es Lamine Yamal?

Ya sabía que a ella no le gustaba el fútbol pero también sabía que debía conocer el nombre porque habíamos hablado muchas veces de los partidos en casa, mi abuela me miraba contenta mientras le seguía contando, aquel era mi momento favorito para aprovechar tiempo con ella antes de que se durmiera en el sofá con algún concurso de la tele.

Tras unos días, el mote se extendió por todo el colegio. Me pilló por sorpresa cuando el profesor Sergio, al pasar lista en Educación Física, me miró y dijo:

—Nadim... ah, el Lamine del equipo.

Yo sonreí porque qué otra cosa podía hacer, aunque algo no terminaba de encajar.

Ese mismo fin de semana, fui con mi madre a la panadería de la plaza. El señor Aurelio nos conoce bien y siempre pregunta qué tal las notas. Ojalá esta vez lo hubiera hecho de nuevo. Nada más verme entrar, me señaló con el dedo.

—¡Aquí está el Lamine de Ejea!

De camino a casa, mi madre me puso la mano en el hombro.

—Lo hace con cariño, ya lo sabes.

—Ya —dije.

Seguimos en silencio andando un par de calles.

—A veces la gente dice cosas sin darse cuenta de cómo suenan. Me pasó a mí también cuando empecé a salir con tu padre.

Asentí sin más, porque tampoco estaba seguro de lo que sentía.

Por la noche, mi padre llegó tarde de trabajar. Cuando le conté lo del apodo, se encogió de hombros.

—En mi época era peor, créeme. Tú estás bien, tienes amigos, juegas al fútbol...

—Cierto —dije.

No añadí nada más. Pero pensé en Hugo y en Pablo. Ellos eran mucho mejores que yo, encima llevaban más años jugando en el equipo y nadie les llamaba Gavi o Pedri. Solo eran Hugo y Pablo.

Yo era Lamine.

Tres semanas después, apareció un niño nuevo en el entrenamiento. Tendría uno o dos años menos que nosotros y venía con su padre, que se quedó hablando un momento con el entrenador.

El niño esperaba apartado, se le veía tímido y observando.

Me hacía gracia pensar que yo estaría igual de cortado cuando empecé.

El místico pegó un silbido y nos juntó a todos. Señaló al niño nuevo con su botella de agua.

—¡Chicos, tenemos un nuevo fichaje! —luego se agachó un poco hacia él—. ¿Cómo te llamas?

El niño dijo algo casi para sí mismo, aunque yo lo había escuchado.

—Creo que no te he entendido bien.

El chaval tragó saliva.

—Youssef.

El entrenador se incorporó y nos miró a todos con una sonrisa.

—¡Pues ya tenemos otro Lamine en el equipo!

Algunos del equipo se rieron. Youssef intentó sonreír, pero no le salió del todo. Sin buscarlo me quedé mirándolo, porque ahora ya conocía esa sonrisa a medias.

A pesar de que esta vez me sentí realmente incómodo, sabía lo que quería hacer.

Me acerqué a él antes de que el místico pitara.

—Yo me llamo Nadim —me presenté.

Él levantó la cabeza un poco confundido.

—El entrenador se lía a veces con los nombres —le dije quitando importancia—. ¿Tú juegas arriba o en el medio?

—Arriba.

—Perfecto, yo te cubro —le animé—. Y empezamos a correr con los demás.

Esa tarde, no volví corriendo a casa. Me senté en la cocina con mi abuela, mientras preparaba la cena con la tele de fondo, y le conté que había un niño nuevo en el entrenamiento.

—¿Y cómo se llama? —me preguntó casi sin dejarme acabar.

—Youssef —respondí.

Se quedó un momento en silencio. Parecía que se lo repetía para sí misma.

—Es un nombre muy bonito, Nadim.

—Pues sí, como el mío.

Después le acompañé a ver su programa de preguntas favorito.

Marc Thellaeche Sánchez

03/02/1990

C/Palafox, 12 3ºDcha 50600 Ejea de los Caballeros

651 522 543

marcthellaeche23@gmail.com